REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

DON FRANCISCO DOMINGO Y MARQUES

el día 17 de Junio de 1917

MADRID
ARTES GRÁFICAS «MATEU»
Paseo del Prado, 34

Real Academia de Bellas Artes
de San Fernando

DISCURSOS

leídos ante la

Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

en la recepción pública del

Sr. D. FRANCISCO DOMINGO Y MARQUÉS

el día 17 de Junio de 1917

MADRID, 1917

DISCURSO

DEL

Sr. D. MARCELIANO SANTA MARIA

SEÑORES ACADÉMICOS:

LOS oradores sagrados, al principiar sus discursos, citan el texto evangélico, capítulo y versículo en que han de inspirarse, y yo, imitándoles en la ocasión presente, también invoco un texto, sagrado para todos nosotros, en el cual se inspirará el mío. Dicho texto es el siguiente: «Tenemos en París a Domingo, organización de pintor maravillosa, colorista original, de fina intención y de potencia creadora inagotable, vario en el estilo, sobrio o vibrante, según cuadra a su inagotable fantasía, que lo mismo aborda lo infinitamente pequeño y gracioso que lo grande y magistral —alma gemela del alma de Fortuny y gran maestro universalmente acatado»—. LA PINTURA CONTEMPORÁNEA, discurso de don José Casado del Alisal, leído en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando con motivo de su recepción (pág. 16, pfo. 2.º)

Habéis cumplido como buenos, señores Académicos, al traer a esta Corporación al gran pintor Domingo y habéis interpretado fielmente, al propio tiempo, el sentir de los maestros del pasado, de aquellos gloriosos artistas que honraron esta casa y que se llamaban: Madrazo, Ribera, Hernández, Martínez Cubells, Domínguez, Amérigo y tantos

otros, todos los cuales, al oir la voz autorizada de Casado del Alisal, aplaudían sus palabras llenas de sinceridad y de prestigio, pronunciadas sin sombra de emulación por aquel espíritu tan claro, tan recto y tan académico. Aquel hombre eminente ensalzó a nuestro compañero de hoy en el año de 1885, ostentando los balcones sus galas rojas en señal de fiesta, y hoy, día 17 de Junio de 1917, es día igualmente de fiesta grande para esta Academia que, como coronamiento de aquellas palabras, recibe en su seno al señor don Francisco Domingo y Marqués: el patriarca de la pintura contemporánea y el insigne pintor alabado por todas las generaciones de artistas que han vivido desde la mitad de la centuria pasada. Dichas alabanzas hicieron nido en vuestro espíritu y hoy vuelan alrededor de vuestros prestigios y por todos los ámbitos de España.

Todos sabéis la fama de que goza el nuevo Académico. Domingo Marqués es conocido en Roma, es conocido en París, es conocido en Munich, es conocido en Venecia, en América; en una palabra, en el mundo entero, porque es el pintor español universalmente consagrado. Es el apóstol del casticismo pictórico aprendido en Velázquez y en Goya que ha ido peregrinando por el mundo sembrando salutífera doctrina para despertar a los dormidos y hacer que nos admiren los extranjeros, esas razas desaprensivas que emiten juicios tan equivocados de esta otra raza que jamás halla más que alabanzas para lo exótico y extraño y cordialidad caballeresca para las producciones de los que no han nacido en este suelo. Al lado de todos estos ha vivido Domingo, demostrando lo que sabe y haciendo gala de sus dotes nacionales, cuyas prendas integran el más exquisito espíritu latino.

Al otorgar vuestro voto unánime al recipiendario hicis-

teis resurgir un venturoso pasado y las alabanzas de hoy han venido a confirmar la justicia de las de antaño.

El eco de la voz del viejo maestro resuena como cántico triunfal dentro de estos muros y por esto es hoy un día esencialmente académico, día de gloria para la historia del Arte, tan ultrajada en la época presente, en que se cantan loas a las rebeldías y a las raras orientaciones de la pintura.

Si la pérdida de un compañero entrañable produce sentimiento, procuramos amortiguar éste mediante compensaciones intelectuales. Este es el caso en que nos hallamos. La muerte del venturoso Ferrant fué una pérdida dolorosa para la Academia, que había que sustituir, porque para los estatutos no rezan duelos, y piadosamente pensando, Ferrant, que era bueno y que estará en el cielo, desde allí, desde la altura inaccesible, donde sólo los justos tienen asiento, bendecirá hoy vuestra designación y bendecirá al designado, digno sucesor de aquel hombre trabajador infatigable y tan gran artista como éste que hoy hereda su medalla y su sitial.

Algún paralelismo existe en las vidas de los dos artistas, en cuanto a su laboriosidad incomparable y en cuanto a su pasión por el Arte. La satisfacción última de Ferrant y la idea que se acaricia cuando el ser se despide de la vida, cuando los ojos, extraviados, buscan los deudos para despedirse, fué la de dejar en el mundo un hijo artista, un profesional de la escultura, que pueda un día perpetuar gloriosamente el apellido. A este nuevo compañero le sucede lo propio, porque tiene la satisfacción de ver los triunfos de su hijo Roberto: el pintor mejor que España tiene de asuntos taurinos.

Estas íntimas satisfacciones del más hondo sentimien-

enternecen nuestra alma viendo cómo prende la semilla y cómo brota la planta, que exhala ya fragancia intensa, artística, haciéndonos concebir la dorada esperanza de sus triunfos. Esta es la religiosa labor de estos artistas, que en el seno de la familia vierten a diario sus credos estéticos imponiéndolos como dogma sagrado.

Así fué Ferrant y así es Domingo, y ya que he diseñado este paralelismo familiar de ambos, voy ahora a estudiar la labor particular de cada uno.

Alejandro Ferrant.—¿Qué deciros de Ferrant que no sepáis? Aquel artista venerado por todos, fué bueno hasta el fin. En vida, se le hizo justicia, y hoy guardamos el recuerdo del amigo perdido para siempre. Amaba a sus compañeros como a hermanos. ¿Se puede hacer mayor elogio de un hombre? No tuvo enemigos y su ingénita humildad le hizo deferente con la opinión ajena.

Fué una gloria del Arte, un trabajador infatigable, y su laboriosidad y su talento fué reconocido por todos.

A la hora de la muerte, y como testimonio de admiración, ha publicado la Academia un artículo necrológico del artista; lleva la firma del insigne Académico Sr. Avilés, que, elocuentemente y en sentidas frases, relata la vida del querido compañero.

Ferrant nació en Madrid el 9 de Septiembre de 1843, perteneció a una familia de artistas, desde niño vivió rodeado de arte y, muy joven todavía, no vaciló en dedicarse de lleno a la pintura, para la que demostraba prodigiosas aptitudes. Estas condiciones prematuras granjeáronle las simpatías de sus maestros en la Academia de San Fernando.

En los primeros años de pintor fué pensionado por el

Infante Don Sebastián, gran protector de los artistas y gran coleccionista de obras de arte.

Posteriormente, en el año 1874, fué pensionado por el Estado en la Academia Española en Roma, habiendo pintado en aquella época el cuadro conocido por el nombre del *Entierro de San Sebastián*, que representa el momento de extraer de la cloaca máxima el cuerpo del Santo. Esta obra obtuvo primera medalla en la Exposición Nacional de 1878. Es, sin duda, el cuadro que más renombre dió a Ferrant por su excelente composición y su briosa manera de estar ejecutado. Obtuvo otra medalla de primera clase el año 1892 con el cuadro que representa al Cardenal Cisneros presenciando la construcción del Hospital de Illescas.

Son muchos los lienzos que Ferrant ha pintado, siendo su especialidad la pintura religiosa y decorativa, en la que llegó a ocupar un primer lugar, legítimamente alcanzado.

Entre las obras decorativas de carácter religioso, hemos de citar, en primer lugar, las llevadas a cabo en San Francisco el Grande, que llevan el sello de grandiosidad tan propio de su temperamento. Hizo, además, trabajos para la parroquia de los Ángeles y otras iglesias y oratorios de Madrid que sería prolijo enumerar. Pintó, además, Ferrant, gran cantidad de telas decorativas para edificios públicos, entre los que recordamos el techo de la escalera del Ministerio de Fomento, obra importantísima con gran riqueza de detalles y de excelente armonía colorista. Y en muchos palacios y casas señoriales de Madrid, dejó muestra de su poderoso ingenio.

Cultivó con envidiable acierto la pintura a la acuarela, para la que demostró singulares aptitudes, y esto le hizo

acreditarse de gran maestro por su seguridad en el toque y la frescura de su ejecución magistral.

Esta es, a grandes rasgos, la labor principal de Ferrant. Académico de Bellas Artes desde el año 1885, ocupando el número dos del escalafón el día de su fallecimiento. Era Presidente de la Sección de pintura y poseía la gran Cruz de Isabel la Católica y las Palmas Académicas que le concedió el Gobierno Francés en 25 de Octubre de 1905.

Fué director del Museo de Arte Moderno, habiendo desempeñado el cargo con celo y probidad admirables. Era profesor de términos de la Escuela de Artes y Oficios. Se dedicó con gran amor a la enseñanza y son infinitos los discípulos que deja, maestros ya muchos de ellos.

Francisco Domingo.—Toda una existencia consagrada por entero al Arte, es el compendio de la vida de este artista benemérito que, a sus años, conserva fresco el cerebro y la misma fogosidad de espíritu que cuando era mozo. En la conversación sostenida por el artista se advierte una ingenuidad pueril que encanta y sus amenas palabras sirven de historia al interlocutor enamorado, por el engarce de ricas perlas anecdóticas que forman la vida del pintor, y en todos los relatos siempre brilla un inmenso amor al trabajo y al Arte, sello con que el maestro refrenda todos sus actos.

Domingo nació en Valencia en el año 1843 en la plaza de las Comedias. Fué artista contrariando la voluntad de su padre, qué quiso hacerle comerciante; pero más tarde, al ver crecer su fama, experimentó satisfacciones íntimas de todo padre que siente la gloria filial como cosa propia. El primer dinero que cobró Domingo ganado con el Arte le sirvió para que su padre le abonase a los toros en las co-

rridas de feria de Valencia. Nuestro compañero fué aficionado a la fiesta nacional, donde halló emociones coloristas excelentes. Viviendo en París alimentaba y sostenía esta afición dibujando toros a sus hijos. En Roberto, muy niño entonces, prendieron estas aficiones y se dió el caso de que hiciese dibujos y pintase ya buenos cuadros taurinos sin haber estado en España. Esto demuestra la eficacia de la enseñanza gráfica, porque... suponed todas las explicaciones imaginables verbalmente hechas y jamás llegarán a dar un conocimiento cabal y exacto del asunto, mientras las explicaciones gráficas, las líneas, la forma, fué lo suficiente a formar un ideal justo de lo que son las corridas. El maestro Domingo enseñó a su hijo a pintar cuadros de toros y hoy es el mejor discípulo. Y no sólo le enseñó a pintar toros y toreros, sino que le hizo conocer las costumbres españolas pintándole escenas de aldea, cómo eran las calles y las plazas de los pueblos, de estos pueblos viejos, pardos, aplastados bajo rocas peladas, artísticamente considerados llenos de bellezas, que el pintor interpreta para regocijo de los magnates.

Con esto que acabo de deciros se demuestran varias cosas y se descubren las nobles acciones del maestro. Primeramente el amor a sus hijos que le excita a sacrificar las diversiones sociales de casinos y teatros, invirtiendo el tiempo que sus ocupaciones le dejan con la familia, en ilustrar a los suyos enseñándoles amorosamente; y otra de las consideraciones que se desprende es la de que el maestro no descansa ni aun en los ratos de esparcimiento, pues no halla goce tan deleitoso como dibujar y pintar, enseñando así a la familia a amar el trabajo, predicando con el ejemplo. Así se explica la enorme cantidad de dibujos que Domingo posee. Son muchos miles, que aparte su mérito como Arte

tienen el encanto de la espontaneidad y de la frescura y alguna vez puesto el tema por la esposa o por los hijos del artista, que deliberadamente buscan dificultades, y este gran genio, a semejanza de los héroes legendarios, vence siempre haciendo maravillosos dibujos, prodigio de ejecución y galanura de concepto de aquello que a todos parecía invencible. Así buscaban dentro de la plástica asuntos intrincados y problemas al parecer insolubles que luego eran una realidad.

Así se conciben los rimeros de dibujos hechos sobre papeles de periódicos, tapando lo impreso con el *guach*, sobre bandejas y cajas de perfumes. Una vez lanzado el asunto, que el maestro recogía como reto, principiaba lo antes que podía y pintaba sobre lo primero que hallaba a mano.

Estas líneas generales trazadas torpemente por mí, van formando idea y dando a conocer el temperamento del artista.

Además, ya adivináis lo que para trabajar así se necesita, el hacer las cosas de memoria supone una retentiva feliz. De lo visto, de lo atisbado, conservar la imagen fiel allá en el fondo del alma para luego exponerla, expresarla a los demás y dar la sensación exacta de lo que ha querido representar haciéndolo con belleza y arte magistral. Esta labor supone una preparación anterior enorme y supone haberse pasado la vida entera observando, viendo, anotando, y con el cerebro preñado de matices, de luces y colores, producir arte, pero arte soberano.

Esto es lo que Domingo ha hecho para divertirse. Esta labor que supone una vida, y que sería suficiente para acreditar a un maestro, es la labor menuda; pero su trabajo

principal, sus grandes cuadros y sus lienzos llenos de encantos ya los conocéis y habéis elogiado sus bellezas. ¿No recordáis el hermoso retrato de su madre? Aquella pintura sobria como ninguna otra. Sobrio y brioso a la vez que puede parangonarse como émulo de los lienzos de Rembrandt. Así es de recio su claroscuro y fuerte la expresión de la retratada.

Otro cuadro importante del maestro es el que se titula *Ultimo día de Sagunto,* obra trágica de composición acertadísima. Vemos en primer término al héroe triunfador sobre su carro de oro que aplasta a los vencidos. Los vivos se confunden con los muertos en trágica actitud de desesperación y la mueca del moribundo está pintada en el rostro de los vencidos. Las mujeres, desesperadamente, caen bajo los caballos, que desgarran sus carnes, y los hombres estrangulan a sus esposas para que no sirvan de botín a los vencedores. Todas estas escenas hondamente sentidas, se envuelven con el humo de la ciudad incendiada, que al hundirse entierra los achicharrados cuerpos de sus defensores.

Por el relato vemos que este cuadro es un soberano acierto del artista, y añadiremos que la técnica está a la altura de la concepción de la obra.

Otra de índole distinta a la anterior es el cuadro de *Los titiriteros*. La serena emoción de paz que se advierte al contemplar la escena, es absoluta; aquellos seres, cansados de divertir al público, se agrupan perezosamente en torno de un caballejo engualdrapado. Los tonos del cuadro son severos, y los trajes descoloridos de los personajes evocan las zozobras de aquella gente degenerada y arlequinesca.

La sobria armonía de los colores deslucidos hace que ésta sea una de las obras más prodigiosas de Domingo y uno

de los meritísimos cuadros españoles pintados modernamente.

Santa Clara es, sin duda, la obra más celebrada de Domingo, con ella alcanzó medalla de oro en la Exposición Nacional de 1871. Por entonces la prensa se ocupó extensamente y con gran elogio de nuestro compañero. Los periódicos hicieron la apología del maestro, comparándolo con los pintores gloriosos de nuestro Museo. Fué la *Santa Clara* parangonada con las obras de Velázquez por sus exquisitas finezas grises y la sobria sencillez llena de místico encanto. Hoy, esta hermosa manifestación del genio del artista, se guarda en el Museo de Valencia como joya veneranda de inestimable valor.

Sería vano empeño reseñar los cuadros admirables que ha pintado Domingo Marqués; todos los conocéis mejor que yo, así que sólo citaré los nombres de los más notables: *La casa de Pilatos, La expulsión de los moriscos, San Jose de Calasanz, La defensa del portal de Cuarte, Una orgía, Mi guantera, El cazador furtivo,* y tantos otros que harían interminable este relato.

Además, el pintor ha cultivado el retrato con excepcional acierto; habiendo pintado más de doscientos, pagándole por ellos enormes sumas, pues generalmente los retratados fueron personajes conocidos en el mundo de la aristocracia, del dinero y de la política. Retrató, entre otros, a Monforte, José Carvajal y Hugne, Manuel Zorrilla, Señora de Negroponte, a Mr. Grult y Mr. Haro, al Sr. Santa Marina y a los Sres. Sarmiento y Mitre, Presidentes que fueron de la República Argentina.

De propósito dejo para lo último el autorretrato que tenéis a la vista. Domingo está joven en él y su fisonomía

revela la poderosa inteligencia y perspicaz mirada descubridora de arcanos. Es un cuadro pintado a la manera valenciana, clásico de entonación, una sinfonía en grises que gradualmente fué matizando el pintor hasta conseguir una entonación potente y vigorosa. Es obra sugestiva, y la emoción estética que produce durará siempre en nuestro espíritu; tiene fuerza para quedarse grabada en nuestra alma, deleitándonos con el recuerdo de esa gama gris finamente desenvuelta. Ese es el poder del genio, hacer imponderable lo real para que luego tenga más realidad que la misma naturaleza.

Este cuadro expuesto es el que Domingo entrega a la Academia. Cumpliendo el precepto reglamentario, ingresa en esta casa ofreciendo una obra en lugar de hacer un discurso, mejor dicho, ese es el discurso que el maestro expone a vuestra consideración y ¿dónde hallar mayor elocuencia, señores Académicos, que en esa obra que dice a todos lo que Domingo vale y lo que Domingo sabe? ¿No es un medio de expresión que no deja lugar a duda? ¿No se ve todo con una claridad meridiana? Las generaciones venideras admirarán en esa expresión pintada la poderosa elocuencia del autor.

A la manera de Jesucristo, que da su propio cuerpo para la salvación del género humano, así este maestro de la pintura, lega a la posteridad su efigie, que desde este instante será un cuadro histórico que hablará glorificando la maravillosa paleta del autor.

Pero ¿para qué cansaros más con descripciones de cuadros que conocéis, ni obligaros a oir lo que sabéis?

Me habéis proporcionado la mayor satisfacción de mi vida. Jamás pensó este modesto Académico realizar tan alta

misión dentro de la Academia; pero era preciso cumplir el precepto reglamentario, y vosotros, con una amabilidad que os agradezco infinito, me encomendásteis la honrosa tarea. He desempeñado con entusiasmo y acatamiento el mandato, procurando ser a la vez fiel intérprete de vuestros sentimientos nobles, al hablar de los artistas eminentes glorificados por sus propias obras.

Para terminar, sólo me resta manifestar el legítimo orgullo que sentimos al abrazar al nuevo compañero, gloria de la pintura patria, y decirle en nombre de la Academia: «Bienvenido seáis, maestro Domingo».

He dicho.

Autorretrato del Sr. D. Francisco Domingo Marqués, ofrecido por éste a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, para su recepción en la misma.

DISCURSO

DEL

Sr. D. FRANCISCO DOMINGO Y MARQUES

SEÑORES ACADÉMICOS:

PERMITIDME que pronuncie algunas palabras, una vez que los colores de la paleta no pueden sustituirlas en estos momentos tan solemnes y abrumadores para mí. En ellas se integrarán dos sentimientos profundos y gemelos; intensos, porque nacen en el fondo del alma, y hermanos, porque brotan de mi corazón a un tiempo mismo.

Es uno el sentimiento de rendir el debido homenaje a la memoria del gran Ferrant.

La inspirada lira del poeta de *Las golondrinas* dijo en sonoras estrofas: «¡Qué solos se quedan los muertos!», y yo, cuando pienso en el llorado e inolvidable maestro, autor de *El entierro de San Sebastián,* creo, con un ilustre pensador, todo lo contrario; que los que se quedan solos somos los vivos, pues a él, al querido muerto, le acompañará constantemente la devoción ardorosa de cuantos aman y cultivan el arte bello y la virtud acrisolada, y le seguirá en la eternidad el espíritu inmortal de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Si yo, mientras viva, ostento su medalla y ocupo su sillón, practicando con fe y entusiasmo la elevada y noble

misión que aquí nos congrega, mereciendo por ello la benevolencia de esta Real Academia, estimo que podré alcanzar la mejor ofrenda que pueda dedicar a mi ilustre antecesor.

Confío en que mis actos de mañana confirmen cumplidamente mis propósitos de hoy.

Y es el otro sentimiento el de la gratitud. Así, pues, doy las gracias más expresivas a la docta Corporación por la bondad que tuvo de elegirme Académico, a la Sección de Pintura que me propuso y al ilustre Académico Sr. Santa María por el discurso que acaba de leer, cuyo trabajo me ha hecho pensar si la fogosa fantasía del ilustre pintor burgalés traspasó los linderos del terreno de la justicia para campear libre y subjetivamente por el campo ilimitado de la lisonja, o si estará soñando mi vanidad de artista. De todos modos, gracias, señores Académicos, gracias... muchísimas gracias.

He dicho.